

fresca data para que valiera tanto como otras veces. Con efecto, la mayor parte de los caballos estaban heridos ó cansados. También pudo adquirir el convencimiento de que era más arduo decentar en una retirada á enemigos animados de sentimientos enérgicos que á enemigos desmoralizados y batiéndose sin pasión, como los que perseguía después de Austerlitz ó después de Jena. Con todo, acosó á los coligados muy bastante desde por la mañana, pues á la caída de la tarde se habían ya andado lo menos ocho leguas. Después del combate de caballería dado en la llanura, ocupó el general Reynier las cumbres de Reichenbach con la infantería sajona, y aún se podía ir á dormir á Górlitz aquella misma noche. Pero en este punto se necesitara sostener un combate de retaguardia, y juzgando Napoleón que ya se había hecho bastante, resolvió que terminasen allí los trabajos de este día, y sobre el terreno que ocupaba entonces dispuso que se levantara una tienda. Cuando se apeaba del caballo, oyóse de pronto prorrumper en este grito: «¡Kirgener ha muerto!» Y Napoleón dijo al oír tales palabras: «Hoy nos trata mal la fortuna.» Pero al primer grito sucedió muy luego este otro: «¡Duroc ha muerto!» «No es posible, repuso Napoleón, ahora acabo de hablarle.» No sólo era posible, sino exacto. Dando una bala de cañón en un árbol cerca de donde Napoleón se encontraba, de rechazo mató sucesivamente al general Kirgener, insigne oficial de ingenieros, y á Duroc, gran mariscal de palacio. Acometido Duroc de una tristeza singular pocos minutos antes, tristeza de hombre honrado que le abrumaba á menudo, bien que más marcadamente este día, dijo á Mr. de Caulaincourt: «Amigo mío, ¿observáis al emperador?... Victorias acaba de alcanzar tras de sufrir reverses, y esta sería la coyuntura de aprovecharse de las lecciones de la desgracia... Pero, ya lo veis, no ha variado...; nunca se sacia de combates... Esto no parará en bien, de seguro.» Apenas Mr. de Caulaincourt expresó á Duroc con un signo aprobativo de cabeza la comunidad de sentimientos, halló éste el fin desgraciado que preveía. Su herida era de las más dolorosas: le había destrozado la bala de cañón las entrañas, y se le aplicaron lienzos empapados en opio, á fin de hacer sus posteriores instantes menos crueles, no abrigándose ninguna esperanza de salvarle. Napoleón corrió á su lado enseñada, le estrechó las manos, le llamó amigo, le habló de otra vida donde hallaría término á sus trabajos, y pronunció estas palabras con cierta especie de remordimiento, que no confesaba su lengua, si bien lo sentía en lo íntimo de su alma. Enternecido Duroc le agradeció tales demostraciones, le fió la suerte de su única hija, deseóle que viviera y triunfara de los enemigos de Francia, y descansara en el seno de una paz indispensable. «Yo, añadió, como hombre de bien he vivido, como soldado muero, y de nada me acuso...; nuevamente os recomiendo á mi hija.» Continuando Napoleón de pie junto á su cama y estrechándole las manos y como sumido en hondas reflexiones, le dijo el paciente: «Marchaos, señor, marchaos; este espectáculo es para vos demasiado triste.» Napoleón despidióse diciendo: «Adiós, amigo mío, nos volveremos á ver... quizá muy pronto.»

Se ha dado por supuesto que al decir Duroc *de nada me acuso*, aludía á algunas injustas reconvenções de

Napoleón, que en sus genialidades no perdonaba ni á los hombres á quienes tenía en más estima. Por lo demás, hacía plena justicia á su gran mariscal de palacio, Duroc, nacido en Auvernia, de una familia de militares nobles y de escasa fortuna, había sido educado en las escuelas de la artillería antigua, y tenía las costumbres severas y el espíritu reposado de los de esta arma. Melancólico por naturaleza, sensato, discreto, poco ambicioso, desconfiando de las deslumbradoras prosperidades del imperio, casi deploraba estar atado á un carro que corría por entre precipicios; pero no pudo menos de seguirle, atraído por el genio de Napoleón, halagado con su confianza y colmado de sus beneficios. Un varón cuerdo no siempre sabe rechazar la fortuna, aun cuando desconfe de ella. Gran mariscal de palacio, correspondiéndole hasta cierto punto la inspección de todas las cosas y de todos los hombres, jamás Duroc dejó de enterar á Napoleón de lo que convenía que supiera, sin designar ni calumniar á nadie á pesar de todo, pues su deseo se cifraba en ser útil y no en satisfacer sus antipatías ó predilecciones. Este era el segundo amigo seguro y adicto de veras que perdía Napoleón en el espacio de veinte días. Así Napoleón se hallaba muy conmovido por la pérdida ésta. Al salir de la choza adonde se condujo á Duroc moribundo, se fué á sentar sobre las faginas, bastante cerca de las avanzadas. Allí estaba pensativo, extendidas las manos sobre las rodillas, húmedos los ojos, sin oír casi los disparos de fusil de los tiradores, y sin sentir las caricias de un perro perteneciente á uno de los regimientos de la guardia que corría á menudo junto á su caballo al galope, y que á la sazón se le había puesto delante para lamerle las manos. Habiendo llegado un caballerizo á arrancarle de su abstracción, levantóse de pronto, y ocultó sus lágrimas para que no se le sorprendiera en aquel estado de emoción. Tal es la naturaleza humana, mudable, siendo muy arduo contemplar bajo sus distintos aspectos y no pudiéndola juzgar con seguridad más que Dios tan sólo. Este hombre, enternecido por la suerte de un herido, había hecho mutilar á más de ochenta mil hombres en treinta días, á más de dos millones en diez y ocho años, y aún iba á hacer que destrazasen las balas á algunos centenares de miles.

Al punto dispuso Napoleón la celebración de una ceremonia pública, donde solemnemente se pronunciaran los elogios fúnebres de los mariscales Bassieres y Duroc por M. M. Villemain y Victorin-Fabre. «No quiero eclesiásticos,» escribió el mismo día al archicanciller Cambaceres, sin duda bajo la influencia de sus últimas disputas con el clero. Transfirió á la hija de Duroc el ducado de Friul, así como cuantas donaciones tenía hechas al padre, y designó á Mr. el conde de Molé por tutor suyo.

Peró tal es la guerra. Tras la conmoción de un instante y á impulsos del torrente de los sucesos, se corre de los funerales de la víspera á los del día siguiente, excusándose con el olvido de sí mismo del olvido respecto de los otros. Al otro día 23 de mayo tuvieron lugar la entrada en Górlitz y el paso del Neiss, y cruzados fueron el Queiss el 24 y el Bóber el 25. Se habían separado los coligados en dos columnas, una á nuestra derecha compuesta de las tropas de Miloradowitch y de la guardia rusa, otra á nuestra izquierda compuesta de

los prusianos y de Barclay de Tolly, distribución correspondiente á la que presentaban sobre el campo de batalla de Bautzen. Napoleón persiguió á ambas. Una columna, formada de los cuerpos de Bertrand y de Marmont, marchó sobre la derecha por Górlitz, Laubau, Goldberg, Schweidnitz, siguiendo la falda de las montañas. Otra, compuesta de los cuerpos de Reynier, de Lauristón, de Ney, de la guardia y del cuartel imperial, marchó por Górlitz, Bunzlau, Haynau, Liegnitz, Breslau, hacia el centro. Sobre nuestra izquierda, precedido el duque de Bellune por la caballería del general Sebastiani, encaminóse hacia el Óder para levantar el bloqueo de Glogau. Nos hallábamos en plena Silesia, en ricas campiñas, sobre el territorio del rey de Prusia, sin otra razón de andar con miramientos que la de economizar los recursos del país para nosotros. Napoleón ordenó la más severa disciplina, ante todo por previsión y además por hacer con los rusos un contraste adecuado á influir sobre los alemanes.

En Haynau, la división de Maisón, la mejor del cuerpo de Lauristón, padeció una sorpresa fatal y mortífera en demasía. Sintióse vivamente perseguidos los coligados y deseosos de que los apretásemos menos, idearon una asechanza en nuestra contra que nos costase cara, y combináronla con mucho arte. En la llanura de Haynau, donde había espacio para una caballería numerosa, y donde se penetraba después de cruzar una aldea, se escondieron á la vista hacia un lado cinco ó seis regimientos de caballería, y por el camino directo presentósenos una especie de retaguardia retirándose negligentemente. Como concibiera el general Maisón algunos temores, adelantábase con cautela; pero estimulado el mariscal Ney por las reconvenções de Napoleón, quien se lamentaba de continuo de no hacer prisioneros, empujó al general Maisón hacia adelante, y poniéndose á su lado, quiso desembocar vivamente en la llanura. No bien habían cruzado el desfiladero de la aldea, sobre la derecha vieron incendiado un molino, y á esta señal, convenida por los contrarios, cayó una caballería innumerable sobre nuestra infantería, sin darle tiempo á que se formara en cuadros. Grande fué la derrota, á pesar de todos los esfuerzos del mariscal Ney y del general Maisón. Se perdieron tres ó cuatro piezas de artillería y unos mil hombres entre acuchillados y dispersos. Muy difícilmente logró el mariscal Ney salir del trance, y después de esfuerzos inauditos consiguió el general Maisón juntar su división de nuevo, si bien con el alma devorada de pesadumbre y costándole sobrevivir á un accidente del todo inmerecido por su parte. Esta aventura feliz para los prusianos, pagáronla con la muerte del coronel Dolffs, su mejor oficial de caballería después de Blúcher y jefe entre ellos de la reserva de esta arma.

Al día siguiente el general Sebastiani, que marchaba al frente del cuerpo del duque de Bellune hacia Glogau, vengó en las inmediaciones de Sprottau el descalabro del general Maisón, cogiendo un inmenso parque de artillería y quinientos prisioneros. Tales son las alternativas de la guerra, pero escaramuzas de esta clase eran á la sazón de consecuencia escasa. Llegóse el 27 sobre el Katzbach á Liegnitz, y ya junto al Óder nuestro cuerpo de la izquierda levantó el bloqueo de Glogau. Embestida nuestra guarnición ya hacía medio

año, echóse llena de júbilo en brazos de sus libertadores. Habiendo llegado el general Lauristón junto al Óder por su parte, detuvo sesenta bateles cargados de víveres, que debían servir para asediar á la plaza y que se le enviaron para abastecerla. Para entrar en Breslau solamente necesitaba hacer el mariscal Ney una marcha.

Sin duda moverá á sorpresa que no se tratara de armisticio después de la carta del general de Bubna á Mr. de Stadión, y de la de Mr. de Caulaincourt á Mr. de Nesselrode, anunciando la una el armisticio y ofreciendo la otra los medios de negociarlo sin tardanza. Pero, según ya hemos dicho, no se quiso admitir á Mr. de Caulaincourt por no inspirar recelos á los aliados con quienes ya se contaba, como los prusianos, ni á aquellos á quienes se esperaba, como los austriacos. De consiguiente respondióse que, estando aceptada la mediación de Austria, Mr. de Caulaincourt se debía dirigir á Mr. de Stadión, representante de la potencia mediadora. Esta carta, firmada por Mr. de Nesselrode y acompañada no obstante de las demostraciones más lisonjeras para Mr. de Caulaincourt, fué incluida dentro de otra carta de Mr. de Stadión para el príncipe Berthier, y enviada á éste. Allí se decía que, á tenor de lo que se le había comunicado, Mr. de Stadión estaba pronto á abocarse con Mr. de Caulaincourt y con los comisionados, tanto prusianos como rusos, para proceder sin levantar mano á la celebración de un armisticio.

Esta doble respuesta, diferida hasta el día siguiente de la batalla, fué enviada el 22 de mayo y entregada en las avanzadas francesas. Habiéndola recibido Napoleón y viendo la acogida que se hacía á sus manifestaciones, no creyó que se debía dar prisa con gentes que se mostraban tan altaneras, y respondió que, cuando los comisionados se presentasen en las avanzadas, se les admitiría. Seguidamente continuó su marcha, y según acaba de verse, había llegado á Liegnitz, á una ó dos jornadas de Breslau.

En este momento reinaba una viva agitación entre los coligados. A pesar de su loco orgullo, procedente de que ahora nos resistían algo mejor que antes, empezaban á sentir las consecuencias de dos grandes derrotas. Miembros del *Tugendbund* casi todos los oficiales prusianos, tenían un ardimiento de sectarios, aunque de la causa más noble, como que era la de su patria; pero las tropas, donde entraban por muy grande proporción los reclutas, se resentían de las batallas perdidas y de las retiradas veloces. Mucho más quebrantados estaban los rusos que los prusianos. De patriótica que había sido para ellos la guerra, transformóse en política desde que emanciparon la Polonia, y soportaban impacientemente sus penalidades. Además, no habiendo podido negar el emperador Alejandro por más largo tiempo el mando á Barclay de Tolly, único hombre capaz de ejercerlo, bien que fuera impopular entre los soldados, este caudillo, con la exactitud habitual de su entendimiento, aspiró á poner algún orden en sus tropas, y no pudo conseguirlo en medio de la confusión de una retirada. Pensaba y decía con su característica aspereza que el ejército ruso se iba á disolver si no se le llevaba á Polonia para rehacerse detrás del Vístula durante dos meses; y no solamente lo decía, sino que deseaba obrar en este sentido. Así necesitóse de la vo-

luntad formalmente expresada de Alejandro para hacerle abandonar el camino de Breslau, que conducía en derechura á Polonia, y obligarle á tomar el de Schweidnitz. Allí se esperaba hacer alto en el famoso campo de Bunzelwitz, tan largo tiempo ocupado por Federico el Grande, y á intermediación de Austria, intermediación muy recomendada de continuo por los diplomáticos de la coalición. Barclay de Tolly prestó obediencia, si bien declarando que esta conducta sería política acaso, pero muy poco militar, y haciendo temer una oposición tenaz á órdenes de la misma clase, aunque el emperador las expidiese.

Los alemanes y el mismo Alejandro, infatuado siempre con su papel de libertador de Europa, enviaron al lado de Barclay de Tolly á Mr. de Muffling, que tenía algunos títulos á sus ojos, por haber defendido su conducta en la jornada de 21 de mayo y puesto de relieve sus peligros y sus servicios. Mr. de Muffling trató de hacerle desistir de sus resoluciones, pero nada ganó sobre su carácter inflexible, y para tratar de convencerle, llevóle al campo de Bunzelwitz á fin de patentizarle sus ventajas. Pero hallóse la plaza de Schweidnitz, que era el apoyo de este campo, destruida por los franceses de 1807, y no restaurada aún en 1813 por los prusianos, y además insignificante la posición de Bunzelwitz comparativamente á los recursos de que disponían los ejércitos modernos. Con fundamento sostuvo Barclay de Tolly que los coligados no se mantendrían más que algunas horas en posición semejante, y que de un nuevo choque en contra de Napoleón saldrían casi aniquilados. Así esta visita no tuvo otra consecuencia que la de confirmar al general ruso en la resolución de dejar á los prusianos en Silesia y de ir á rehacer su ejército en Polonia, salvo siempre el tornar al Óder dentro de dos meses. Pero entretanto la coalición podía ser disuelta.

Al cabo de todas estas conferencias reconocióse que no quedaba otro recurso que el de dar vado á la idea de un armisticio, ya insinuado por la diplomacia de las potencias beligerantes. Congregados en Schweidnitz, en la morada de los dos soberanos aliados, se convino en la necesidad de una suspensión de armas, como medio único de librarse de las dificultades de la situación presente. Por desgracia de los coligados, los agitadores de los prusianos no querían esto de ningún modo. El general Gneisenau, miembro del *Tugendbund*, hombre de corazón y de talento, pero fogoso é irreflexivo, lleno de las pasiones de sus compatriotas, sucesor del general Scharnhorst en el empleo de jefe de estado mayor del general Blücher, sin rebozo usaba contra el proyecto de un armisticio el lenguaje más violento y que podía ser peligroso con cabezas tan ardientes como las de los oficiales prusianos. No obstante, era imperiosa la necesidad de suspender las hostilidades, y se convino en enviar comisionados al cuartel general francés á fin de negociar un armisticio. Al propio tiempo aspiróse á influir sobre los espíritus más exaltados, prometiéndoles no deponer las armas sino para volverlas á empuñar muy en breve, no soltándolas entonces hasta después de destruir al común enemigo. No se redujo todo al envío de comisionados al cuartel general, sino que se hizo partir á Mr. de Nesselrode para Viena. Allí debía exponer los peligros que corrían las potencias beligerantes, la imposibilidad en que se hallaban de mante-

nerse más largo tiempo junto á Bohemia, y la verosimilitud, si el gabinete de Viena no abrazaba inmediatamente su partido, de una retirada forzada á Polonia, que arrastraría consigo la disolución de la coalición infaliblemente y la pérdida para Austria de la ocasión única de salvar á Europa y salvarse á sí misma. Armado iba de un estímulo poderoso, y consistía en la amenaza de un ajuste directo de Rusia con Francia, ajuste directo rechazado noblemente por Alejandro, si bien dependía de su voluntad negociarlo en pocas horas, pues no tenía que hacer más que dejar que Mr. de Caulaincourt penetrara hasta su presencia. Por lo demás, la sola aparición de este personaje en las avanzadas ya había influído sobre el gabinete austriaco, y Mr. de Nesselrode al llegar á Viena debía encontrar producido del todo el efecto que aguardaba de este argumento. Para apoyar á Mr. de Nesselrode escribió Mr. de Stadion por su parte y los prusianos por la suya, y todos se sirvieron de Mr. de Caulaincourt como de un espantajo que debía impulsar al gabinete de Viena á decidirse acto continuo.

Mr. de Nesselrode partió, pues, para la capital de Austria, mientras se dirigían á las avanzadas francesas el general Kleist en nombre de los prusianos y el general conde Schouvaloff en nombre de los rusos. Allí se presentaron el 29 de mayo á las diez de la mañana, recibiendo el príncipe Berthier, quien dió parte al emperador sin tardanza.

Este se hallaba comprometido por las respuestas dadas, y no podía rehusar venir á las negociaciones, aun cuando tuviese interés en batir por vez postrera á los coligados y en repelerlos en desorden sobre el Vístula, lejos del Austria, que de cierto no figuraría como aliada suya si se les repeliera á tal distancia.

Sin embargo, el estado de su caballería, el deseo de terminar la segunda serie de sus armamentos, á fin de habérselas hasta con el Austria, y de no celebrar más paz que la que fuera de su gusto, la esperanza de estar listo dentro de dos meses y de volver entonces á sus operaciones victoriosas, después de librarse de los calores del verano, le disponían bastante á una suspensión de armas. Por consiguiente asintió al principio del armisticio, porque estaba comprometido en cierto modo, porque tuviera una significación hartó poco pacífica la negativa, y sobre todo porque se lisonjaba de tener espacio para tornar á ser dueño de las condiciones de la paz de resultados de sus armamentos. Pero entendía guardar, por los ajustes temporales que iban á ser convenidos, la Silesia hasta Breslau y la baja Alemania hasta el Elba, incluyendo á Lubeck y á Hamburgo, fuesen ó no fuesen reconquistadas estas ciudades por las tropas francesas. Además quería que la interrupción de las operaciones militares durara dos meses por lo menos, y que en el curso de la interrupción ésta no consumieran sus víveres las plazas del Óder y del Vístula, sino que fuesen reavitualladas á costa de dinero. Mr. de Caulaincourt, el espantajo del Austria, fué enviado á Gebersdorff el 30 de mayo entre las dos huestes, á fin de tratar sobre las bases que acaban de ser indicadas.

Halló á los comisionados prusiano y ruso muy animados, aparentando estarlo más que lo estaban realmente, orgullosos de su situación en demasía y muy corte-

ses, á pesar de todo, respecto del antiguo embajador de Francia en Rusia. También pudo ver Mr. de Caulaincourt que el sentimiento de una causa justa servía de grande auxilio en las derrotas, y que Napoleón tendría que sostener una lucha violenta, si porfiaba en no ceder cosa alguna á Europa. Casi fijos se manifestaron los comisionados sobre los tres puntos siguientes: no querían abandonar durante el armisticio á Breslau, transformada en segunda capital de los prusianos; tampoco nos querían conceder la ocupación de Hamburgo como equivalente á prejulgar de antemano y favorablemente la cuestión de la incorporación definitiva de las ciudades anseáticas á Francia; y por último, no pensaban dar más duración que la de un mes al armisticio. Sobre estos tres puntos tuvo Mr. de Caulaincourt una conferencia que duró diez horas, sin que al parecer ganara cosa alguna en tan largo debate. Comunicósele al emperador, que se hallaba en Neumarkt, á las puertas de Breslau, y tuvo la cordura, muy rara para su genio, de no entrar en esta ciudad, á fin de no privarse de la posibilidad de cederla, si había que hacer este sacrificio. Contentóse con enviar allí un destacamento de las tropas del mariscal Ney.

Le irritaron singularmente el tono y las exigencias de los comisionados aliados (1), é hizo que se les respondiera que no necesitaba el armisticio, al par que á ellos les era indispensable; que si se quería dar el carácter de una capitulación á esta suspensión de armas, iba á avanzar y á repelerlos más allá del Vístula; que serían batidos por tercera vez y por cuarta y siempre que se expusieran á hallar un ejército francés por delante; que, si con tal convencimiento se avenía á hacer alto, era por dar á Europa las esperanzas de paz que necesitaba y porque no se le acusara de ser causa de que se desvaneciesen tales esperanzas; que lo menos quería la mitad de la Silesia, que no abandonaría á Hamburgo, y que, si renunciaba á Breslau, sería por pura complacencia, puesto que poseía esta plaza. Sin embargo, evitó explicarse de una manera absoluta sobre este punto, dejando entrever que Breslau sería el equivalente de Hamburgo. Pero mostróse perentorio acerca de la duración del armisticio, diciendo que estipular un mes para tratar materias arduas equivalía á trazar en torno el círculo de Popilio, que estaba acostumbrado á encerrar allí á los demás y nunca á encerrarse á sí propio, y que, deseando formalmente un congreso, pedía el tiempo de celebrarlo y de conseguir que llevara á un desenlace. Por desgracia no lo quería ingenuamente, y aspiraba á proporcionarse tiempo de armarse y de no seguir negociaciones.

Tornáronse á ver los comisionados y se pusieron á discutir sobre estos diversos temas en la aldea de Pleitwitz, después de tomar la precaución de estipular una suspensión de armas provisional mientras durasen estas conferencias. De continuo los comisionados aliados se atenían á sus pretensiones, sin mostrarse invencibles á pesar de todo, pues tenían imperiosa necesidad del armisticio. Por su parte Napoleón acababa de saber una noticia que le disponía á ser algo más deferente. Mr. de Basano, recién llegado de París á Dresde, se había tras-

(1) Poseemos en los archivos toda la correspondencia de Napoleón con Mr. de Caulaincourt durante la negociación de este armisticio, y á tenor de la misma correspondencia voy hablando. (N. del A.)

ladado á Liegnitz para tornar á ejercer sus funciones diplomáticas acerca del cuartel general y hallóse allí con Mr. de Bubna de vuelta de Viena, y trayendo minuciosas explicaciones sobre todos los puntos que Napoleón había tratado con él en Dresde el 17 y el 18 de mayo próximo pasado.

Vuelto á Viena pintó á Napoleón todavía más benigno que lo estuvo, aunque Napoleón fingió manifestarse más deferente que pensaba serlo. Sobre todo hizo valer su disposición á recibir á los insurgentes españoles en un congreso como una concesión inesperada, y esmeróse mucho en guardar silencio sobre sus arrebatos contra Mr. de Metternich. De estos arrebatos sólo habló á Mr. de Narbonne. Esta habilísima relación satisfizo sobre manera al emperador Francisco y á Mr. de Metternich, deseando salir ambos de aquella situación sin la guerra. Además se manifestaron contentos de las cartas de Napoleón, y tomaron algo en cuenta la repugnancia significada respecto de algunas de las condiciones propuestas. Sobre la disolución del gran ducado de Varsovia, sobre su desmembración en provecho de Rusia, de Prusia, del Austria, sobre el abandono de la Iliria á ésta, consideraron á Napoleón como rendido, aunque no se lo hubiesen dicho formalmente á Mr. de Bubna. Pero ya que éste le halló más tenaz sobre la renuncia al protectorado de la Confederación del Rin y sobre la restitución de las ciudades anseáticas se decidieron el emperador Francisco y Mr. de Metternich á admitir sobre estos dos puntos algunas modificaciones, é idearon las siguientes, que eran adecuadas á salvar lo que Napoleón llamaba su honor. No serían devueltas las provincias anseáticas para reconstruir las ciudades libres de Lubeck, Brema y Hamburgo hasta la paz con Inglaterra. Además la cuestión de la Confederación del Rin se aplazaría igualmente hasta la paz general, que comprendiera todas las potencias del universo, inclusa la América. Si á la sazón no se trataba más que con Prusia, Rusia y Austria, se aplazarían estas dos cuestiones: si, por el contrario, se trataba con todo el mundo, bien podría Napoleón hacer á la paz universal, que abrazaba la paz marítima y le debía proporcionar tanta ventaja y tanto lustre, el sacrificio de los dos puntos disputados.

De consiguiente volviéndose á despachar á Mr. de Bubna al cuartel general sin demora con estas dos modificaciones, que eran efectivamente muy importantes, y el emperador Francisco dirigió á Napoleón una nueva carta, en que, respondiendo á la súplica que éste le hacía de que cuidara de su honor, le dirigía estas palabras: «Desde el día que os dí mi hija, vuestro honor es el mío. Confíad en mí, pues nada pediré de cuyas resultas padezca vuestra gloria.» A todas estas manifestaciones debía añadir Mr. de Bubna la declaración formal de que Austria aún no estaba comprometida con nadie, y que si Napoleón aceptaba las condiciones de paz modificadas de esta manera, se hallaba pronta á unirsele por nuevos artículos adicionados al tratado de alianza del 14 de marzo de 1812.

Tales eran las disposiciones de la corte de Viena cuando Mr. de Bubna se volvió á poner en camino, y eran sinceras, porque á la sazón aún no había oído hablar el Austria de ajuste directo entre Francia y Rusia, y de consiguiente no tenía disgusto ni razón particular que le moviera á darse prisa, y ofrecía estas condiciones

porque estaba segura de conseguir que las aceptaran Rusia y Prusia á la sola amenaza de unirse á Napoleón con sus fuerzas. Con diligencia suma llegó Mr. de Bubna el 30 de mayo á Liegnitz poco después que Mr. de Basano, y le expuso á la larga las proposiciones que debía hacer de orden de su corte. A pesar de la frialdad de Mr. de Basano, las expuso de buena fe y con el calor de un hombre que deseaba salir airoso, en primer lugar por su patria, y en segundo por su propia gloria. Al punto Mr. de Basano comunicó á Napoleón esta conferencia por escrito, sin decir una sola palabra en pro ni en contra de las proposiciones, cuyo rehusó es la mayor desdicha que jamás ha acontecido á Francia.

De cierto debiera parecer excelente á Napoleón semejante nueva, pues de su voluntad dependía terminar su larga lucha con Europa, y terminarla obteniendo un magnífico imperio, obteniendo la paz marítima sobre todo, que con el efecto que debía producir cubriera muy sobradamente el sacrificio de la Confederación del Rhin y de Hamburgo. Por desgracia esta comunicación le irritó en vez de satisfacerle. Aquí vió la resolución del Austria de intervenir inmediatamente, lo cual era verdad, y de no dejar que las hostilidades se prolongaran sin su arbitraje. Ahora bien: convenía que consintiera en condiciones que no quería á ninguna costa, ó que corriera el riesgo de tener en el mismo instante encima al Austria, y antes de dos meses no se podía hallar en aptitud de hacer cara á este nuevo contrario. Este fué, pues, el espolazo que le determinó á ceder sobre algunos puntos cuestionados de la suspensión de armas. En lugar de ser deferente con Austria, que le pedía sacrificios definitivos, lo fué con Rusia y Prusia, que no exigían más que sacrificios provisionales. A Mr. de Basano escribió en cifras: «Ganad tiempo, no os expliquéis con Mr. de Bubna, llevadle en vuestra compañía á Dresde y retardad el momento de vernos obligados á admitir ó á rehusar las proposiciones austriacas. Voy á concluir la suspensión de armas, y así habré ganado todo el tiempo que necesito. Si á pesar de todo se porfia en exigir para la celebración de este armisticio condiciones que no sean de mi agrado, os suministraré temas para prolongar las conversaciones con Mr. de Bubna, y para proporcionarme los pocos días que me hacen falta á fin de ahuyentar á los coligados del territorio de Austria.»

A la sazón, por su desgracia y por la nuestra, acababa de recibir la noticia de que el mariscal Davout se hallaba á las puertas de Hamburgo, donde de cierto había entrado el 1.º de junio. Corría el día 3, y por tanto ideó resolver la dificultad de Hamburgo, diciendo en el armisticio que relativamente á las provincias anseáticas se aceptaría lo que la suerte de las armas hubiere decidido el 8 de junio á media noche. Respecto de Breslau se avino á que entre los dos ejércitos se dejase un terreno neutral de unas diez leguas, incluyendo la misma plaza, y en cuanto á la duración del armisticio que se extendería hasta el 20 de julio con seis días de plazo entre su denuncia y la vuelta á las hostilidades, lo cual conduciría hasta el 26 de julio y llegaría á muy cerca de dos meses. Envió estas condiciones con la intimación de romper en el mismo instante si no eran aceptadas.

Habiéndolas presentado Mr. de Caulaincourt el 4 de

junio, los comisionados, que tenían orden de ceder si Breslau no quedaba en manos de Napoleón, cedieron efectivamente, y quedó firmado el 4 de junio este armisticio, que constituyó una de sus mayores desgracias. Se convino en que por línea de demarcación entre los dos ejércitos se adoptaría el Katzbach, á fin de que, como neutral, quedara Breslau fuera; en que después del Katzbach se tomaría el Óder, lo cual nos aseguraría la baja Silesia para estacionar y vivir en su territorio; después del Óder la antigua frontera, que siempre había separado á Sajonia de Prusia, lo cual dejaba en nuestro poder todos los Estados de Sajonia; finalmente, la línea del Elba desde Vittemberg hasta el mar, salvo lo que de las ciudades anseáticas se determinase. Además estipulóse que las plazas del Vistula y del Óder serían sucesivamente abastecidas por dinero. Se supo el mismo día que Hamburgo y las ciudades anseáticas habían vuelto á entrar en manos del mariscal Davout, lo cual nos aseguraba la ocupación de ellas durante la suspensión de armas.

Tal fué este deplorable armisticio, que sin duda convenía aceptar si se deseaba la paz, y que se debía rechazar absolutamente si no se deseaba, pues en este caso más valía consumir al punto la ruina de los coligados, y que por el contrario aceptó Napoleón cabalmente por ser adverso á dicha paz y porque anhelaba proporcionarse dos meses para llevar á cabo sus armamentos y estar en aptitud de rechazar las condiciones del Austria (1). Esta falta, que se derivaba de todas las otras y las resumía por completo, formaba parte de la serie fatal de resoluciones locamente ambiciosas que debían precipitar el fin de su reinado. No obstante, exceptuando á los prusianos, produjo una falsa y universal alegría en toda Europa, porque tenía suma apariencia de paz. Al hacer Napoleón que entrara su ejército en cantones, decretó la construcción de un monumento encima de los Alpes y con la inscripción siguiente: «NAPOLEÓN AL PUEBLO FRANCÉS, EN MEMORIA DE SUS GENEROSOS ESFUERZOS CONTRA LA COALICIÓN DE 1813.» Sin duda esta idea participaba de toda la grandeza de su genio; pero así para el pueblo francés como para su persona valiera más enviar á París un tratado de paz estipulando el abandono de la Confederación del Rhin, de Hamburgo, de Iliria, de España, con esta frase: «SACRIFICIOS DE NAPOLEÓN AL PUEBLO FRANCÉS.» De esta suerte continuara Napoleón siendo personaje, no más poético, sino más verdaderamente grande, y este noble pueblo no perdiera el fruto de su sangre más pura vertida durante veinte años.

(1) No nos hallamos limitados á conjeturas relativamente á las causas de este famoso armisticio, tan justamente censurado como una gran falta política y militar, como que dió tiempo de salvarse á los coligados reducidos al último apuro. Hasta ahora se habían atribuido á Napoleón las razones más ridículas y nada conformes á su carácter ni á su genio. Pero, afortunadamente para la historia, escribió al príncipe Eugenio, á Mr. de Basano y al ministro de la Guerra las razones que le decidieron á este paso, y se ve que, forzado á explicarse con Austria dentro de breves días, y expuesto por tanto á tener muy pronto encima esta potencia, firmó el armisticio para ganar dos meses, tiempo necesario á la segunda serie de sus armamentos. En este caso se puede decir que la falta del armisticio no fué otra que la misma de no querer consentir en las condiciones del Austria. (N. del A.)

LIBRO CUADRAGÉSIMO NOVENO

DRESDE Y VITORIA

Napoleón se da poca prisa á llegar á Dresde, á fin de dilatar su encuentro con Mr. de Bubna. — Sus disposiciones para el campamento, el bienestar y la seguridad de sus tropas mientras durara el armisticio. — Su vuelta á Dresde y su establecimiento en el palacio Marcolini. — Apenas llegado, le presenta Mr. de Bubna una nota para declarar que, estando aceptada la mediación de Austria por las potencias beligerantes, se insta á Francia á que nombre sus plenipotenciarios y haga conocer sus intenciones. — En respuesta á esta nota suscita Napoleón dificultades de forma sobre la aceptación de la mediación, y elude explicarse relativamente al deseo manifestado por Mr. de Metternich de ir á Dresde. — Conducta del gabinete austriaco al recibir esta respuesta. — Mr. de Metternich se dirige cerca de los soberanos aliados, á fin de concertarse sobre todo lo relativo á mediación con ellos. — Obtiene la aceptación formal de esta mediación, y parte nuevamente, después de adquirir el conocimiento puntual de las intenciones de los aliados. — Según lo había previsto Mr. de Metternich, al saber Napoleón esta entrevista, quiere verle y le invita á ir á Dresde. — Llegada de Mr. de Metternich á esta ciudad el 25 de junio. — Discusiones preliminares con Mr. de Basano sobre la mediación, sobre su forma, su duración y la manera de conciliarla con el tratado de alianza. — Entrevista con Napoleón, tan célebre como tempestuosa. — Sintiendo Napoleón los arrebatos imprudentes á que se ha entregado, encarga á Mr. de Basano que anude con Mr. de Metternich las pláticas interrumpidas. — Nueva entrevista en la cual, acreditando Napoleón tanta flexibilidad como antes violencia, consiente en la mediación, si bien arrancando á Mr. de Metternich una prolongación de armisticio hasta el 17 de agosto, única cosa á que se atiene en interés de sus aprestos militares. — Aceptación formal de la mediación austriaca y señalamiento del 5 de julio para la reunión de los plenipotenciarios en Praga. — Regreso de Mr. de Metternich á Gitschn, cerca del emperador Francisco. — La necesidad de entenderse con Rusia y con Prusia, acerca de la prolongación del armisticio y del envío de los plenipotenciarios á Praga, produce un nuevo retardo, primero hasta el 8 y después hasta el 12 de julio. — Napoleón, á quien convienen estas dilaciones, se regocija de ellas afectando sentirlas y engendra otras partiendo personalmente para Magdeburgo. — Su partida el 10 de julio. — Sabe en el camino los sucesos de España. — Lo acontecido en este país desde que los ingleses fueron expulsados de Castilla, y desde que los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal se hallaron juntos. — Proyectos de lord Wellington para la campaña de 1813. — Se propone marchar sobre Castilla la Vieja con setenta mil anglo-portugueses y veinte mil españoles. — Proyectos de los franceses. — Posibilidad de hacer cara á los ingleses y aun de repelerlos á Portugal en obrando con tino. — Nuevos conflictos entre la autoridad de París y la de Madrid y funestas instrucciones que dan por resultado. — De estas instrucciones y de la lentitud de José en evacuar á Madrid se sigue una nueva dispersión de las fuerzas francesas. — Se torna á las operaciones en mayo de 1813. — Habiendo sido enviadas al general Clausel al Norte de la Península cuatro divisiones, José, que hubiera podido reunir contra lord Wellington setenta y seis mil hombres, no tiene más que cincuenta y dos mil que oponerle. — Retirada sobre Valladolid y Burgos. — La falta de víveres precipita nuestra marcha retrógrada. — Dos opiniones en el ejército, una consistente en retirarse sobre Navarra á fin de contar más segura la unión al general Clausel, y otra en mantenerse siempre sobre el camino real de Bayona, á fin de cubrir la frontera de Francia. — Órdenes reiteradas de París inclinan á José y á Jourdan á este último dictamen. — Numerosos avisos despachados al general Clausel para instarle á que se incorpore al ejército entre Burgos y Vitoria. — Retirada sobre Miranda de Ebro y Vitoria. — Esperanza de que el general Clausel se incorpore en este punto. — Desgraciada inacción de José y Jourdan durante los días 19 y 20 de junio. — Funesta batalla de Vitoria el 21 de junio, y ruina completa de las cosas de los franceses en España. — ¿A quién se pueden imputar estos deplorables sucesos? — Irritación violenta de Napoleón contra su hermano José, y orden de que se le prenda si va á París. — Envío del mariscal Soult á Bayona, para reunir el ejército y tomar nuevamente la ofensiva. — Regreso de Napoleón á Dresde al cabo de una excursión de algunos días á Torgau, á Wittemberg, á Magdeburgo y á Leipsick. — Se siguen las negociaciones de Praga. — MM. de Humboldt y de Anstet nombrados representantes de Prusia y de Rusia en el congreso de Praga. — Llegados allí estos negociadores el 11 de julio, se quejan amargamente de no ver llegar el día convenido á los plenipotenciarios franceses. — Sentimiento y pena de Mr. de Metternich. — Vuelto Napoleón á Dresde el 15, después de dilatar el nombramiento de los plenipotenciarios franceses bajo diversos pretextos, designa al fin á MM. de Narbonne y de Caulaincourt. — Una falsa interpretación dada al convenio que prolonga el armisticio le suministra un nuevo pretexto para aplazar la partida del último plenipotenciario. — Al ganar tiempo su esperanza es que e dilate hasta el 1.º de septiembre la vuelta á las hostilidades. — Acrecentamiento de las quejas por parte de los plenipotenciarios, y declaración de Mr. de Metternich de que no se concederá un día más que el 10 de agosto para la denuncia del armisticio, y que el 17 para la vuelta á las hostilidades. — Resuelta la dificultad suscitada acerca del armisticio, despacha Napoleón á Mr. de Caulaincourt con instrucciones que originan cuestiones de forma casi insolubles. — Durante este tiempo sale de Dresde el 15 de julio, para ir á ver á la emperatriz á Maguncia. — Hacienda y policía del imperio durante la guerra de Sajonia: asuntos de los seminarios de Tournay y de Gante, y del jurado de Amberes. — Vuelta de Napoleón á Dresde el 4 de agosto, después de pasar revista á los nuevos cuerpos que se encaminan á Sajonia. — Vanas dificultades de forma, por cuyo medio se ha llegado á impedir hasta la constitución del congreso de Praga. — Por última vez declara Mr. de Metternich que si no se han asentado las bases de la paz el 10 de agosto á media noche, será denunciado el armisticio y se unirá á la coalición el Austria. — Pensamiento verdadero de Napoleón en este momento decisivo. — No lisonjeándose ya de impedir que Rusia y Prusia volvieran á las hostilidades el 17 de agosto, desearía, mediante una negociación formal con el Austria, retardar la entrada en acción de ésta. — Efectivamente entabla con Austria una negociación secreta, que debe ser seguida por Mr. de Caulaincourt é ignorada por Mr. de Narbonne. — Conferencia de Mr. de Caulaincourt y Mr. de Metternich el 6 de agosto, cuatro días antes de la expiración del armisticio. — Sorpresa de Mr. de Metternich. — Su respuesta á las cuarenta y ocho horas y declaración auténtica de las intenciones de Austria dada en nombre del emperador Francisco. — Ventajas ofrecidas á Napoleón é inesperadas del todo. — Nobles esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para decidir á Napoleón á aceptar la paz con que se le brinda. — Contraproposición de éste, no enviada hasta el 10 de agosto y juzgada inaceptable por Austria. — Habiendo pasado el día 10 sin que se adopten las bases propuestas, Austria declara disuelto el congreso de Praga antes de que se intale y proclama su adhesión á la coalición. — Experimentando Napoleón un instan-